A LA
(FRA

ESPÍRITU lascivo,
de los reinos de amor libre tirano,
sutil átomo vivo
en picar y color, mostaza en grano,
para en alguna parte,
que mal podré, saltando, retratarte.

Pues la noche defiende
tu vida a tantos dedos alguaciles,
no huyas, dulce duende,
que en tus heridas a traición sutiles,
como los celos eres,
que picas y te vas por donde quieres.

¡Oh punto indivisible
de la circunferencia de tu dueño
arador invisible,
homicida frenética del sueño
que, como delincuente,
te pasas a Aragón tan fácilmente!

Pero, pimienta viva,
que naces en los reinos orientales;
tenaza fugitiva,
que tienes los candiles por fiscales;
avispa que sin pena
vagas ociosa entre la miel ajena.

G A

)

Qué venganzas iguales
como hallarte en el hurto y retorcerte
en yemas de cristales
porque parezcas, en la dulce muerte,
a los enamorados,
que mueren retorcidos y estrujados.

No andes por las ramas,
poniendo en nieve cándida lunares,
si bien pulga te llamas,
porque sueles morir entre pulgares,
aunque te puso un día
Hernando del Pulgar su valentía.

¡Qué necios anduvieron,
en sus transformaciones fabulosas,
los dioses, que se hicieron
cisnes, toros, caballos, fuentes, rosas!
Pues si en ti se volvieran,
¿Qué linces Argos sus engaños vieran?

Mas ya que el diente aplicas,
purpúreo estamparás círculo breve;
seremos, si la picas
saltando por el arco de su nieve,
auque a mis ojos fuego,
tú el perro, yo el que paga, amor el ciego.